

—Cuando los acontecimientos se producen por sí solos, repuso el doctor, hay que tomarlos como vienen; pero también ha de saber V. que entonces es cuando más hay que recurrir al remedio, mientras que dirigiéndolos por los conocimientos que nos suministra la ciencia, es más que probable que todo salga bien.

—Me callo, dijo Clementina, y á la salida del café se despidieron hasta el día siguiente.

Desde estos sucesos del café no se hablaba de otra cosa en casa de Clementina, y se aguardaba con impaciencia la hora en que debían llegar los principales personajes del drama. Pero, por qué tanto en vez de llamar á la puerta el doctor ó el músico, se presentó el hermano de D. Joaquin, el comerciante de la calle de Postas, lo cual nada tiene de extraño, si atendemos á que iba con frecuencia á verlos.

Después de los saludos de costumbre, y de haber todos tomado asiento, D. Joaquin preguntó á su hermano.

—¿Cómo sigue tu enferma?

—Cada día peor.

—Y del chico, ¿has podido averiguar algo?

—Nada absolutamente: al cabo de veinte años te confieso que ya he perdido las esperanzas, y eso que he sido bastante débil para creer en una jítana que me ofreció traérmelo á casa; tanto fué lo que me lo prometió, que llegué á creerlo; pero veo que no hay que pensar en ello.

—La jítana te sacaría el dinero y nada más: por ese lado no esperes nada; pero nunca desconfíes de la bondad de Dios, aunque á decir verdad, ahora acaso fuera un mal para tí si hallaras á tu hijo: la misma impresión puede que te quitase la vida.

—Eso no, Joaquin, se apresuró á decir el comerciante; te aseguro que sería muy grande mi satisfacción, pero de ninguna manera la temo; antes, por el contrario, me verías rejuvenecer.

—Tal pudiera ser la posición en que le encontraras, que...

—Sea la que quiera, nada importaría: si es pobre, no le faltaría pan en su casa; si rico, tanto mejor para él; si es tonto ó

malo, le compadecería; y si de talento y honrado, me llenaría de orgullo.

A esto entró el doctor; eran las doce y cuarto.

—Doctor, dijo D. Joaquin, tengo el gusto de presentar á V. mi hermano, el mismo cuya historia ya sabe V., y recalco estas últimas palabras, para que no se escapase al médico ninguna frase indiscreta.

—Ahora mismo estábamos hablando con mi hermano del suceso que le preocupa hace veinte años, y admírese V., acaba de decirnos que si llegase á encontrar á su hijo, no teme un mal resultado por grande que fuese su alegría.

—Así lo creo yo tambien, dijo el doctor; solo con ver al señor una vez, puede conocerse que se halla en disposicion de resistir á tan fuerte impresion; y creo, señores, que podemos comenzar á organizar nuestro plan, y que este caballero, merced á su buena constitucion, podrá servirnos de grande auxiliar.

—No comprendo...

—Ahora le explicaré á V. Hay algunos indicios, aunque vagos, para creer que haya parecido, ó por lo menos se sepa el paradero de su hijo de V.; y digo vagos, porque no conviene que V. lo dé por verdadero, esponiéndose acaso á un cruel desengaño, mas cruel aun que el estado en que hoy se halla. Si es que nuestras dudas llegan á convertirse en realidad, á esta señorita, á su sobrina de V., se lo debe. Como amigo que ha merecido la confianza de su familia de V., y como facultativo, espero que V. haga cuanto yo le diga, y no se aparte lo mas mínimo de mis instrucciones; me he prometido llevar á feliz término este negocio, y espero que todos ustedes coadyuvarán á ello.

—Prometo hacer cuanto V. quiera; pero, por Dios, dígame usted algo de mi hijo. ¿Con que vive? ¿Dónde está? ¿Cuándo le veré? ¿Sabe él que tiene aquí á su padre?

—Poco á poco, señor mio, no sea V. tan impaciente; á ninguna de esas preguntas puedo contestar categóricamente, porque ya he dicho que hasta ahora todo son conjeturas. Su hijo de V., si es el que creemos, está bueno; es un muchacho de

provecho, y pronto le verá V. aquí en esta sala; pero revístase usted de la mayor prudencia, porque si V. se halla en el caso de hacer frente con serenidad á la fuerte impresion que ha de recibir, él no se hallará, tal vez, en igual caso. Dotado de una complexion endeble, y llevando sobre su frente el sello de una afeccion hipocondriaca, tan fácil de distinguir, pudiera muy bien acarrearle muy funestas consecuencias una alegría de este género.

—¿Es decir que V. le conoce?

—Y V. tambien le conocerá en cuanto le vea, porque no hace mucho tiempo que le ha tenido bien cerca, y por cierto es extraño no le haya chocado la grande semejanza que, segun estos señores, tiene con su mamá.

—¿Será posible, Dios mio, que me espere tanta dicha?

—Es muy probable; pero le encargo de nuevo mucha prudencia, y no hacer la menor demostracion que pueda afectarle; cuando venga haremos que pase á un gabinete inmediato, donde yo le prepararé, y despues le diremos que es un amigo de su padre. ¿Ha comprendido V. bien?

—Perfectamente; haré lo posible por disimular, aunque bien conoce V. lo que mi corazon ha de sufrir.

—Es por salvar la vida de su hijo de V.

—A ese precio lo haré todo.

Clementina tiró de una campanilla, apareció un criado á la puerta, y le dijo:

—Cuando venga un jóven, que dirá llamarse D. Juan Ribot, que pase al gabinete azul.

—Está bien, dijo el criado haciendo una reverencia.

—¿Pero no pueden ustedes, exclamó el impaciente comerciante, darme una esplicacion sobre el particular? Porque no nos hagamos ilusiones; estoy íntimamente persuadido de que ese desconocido es realmente mi hijo. Ya no me coje de sorpresa; pero ansío el momento de estrecharle en mis brazos.

—Los datos que tenemos, dijo Clementina, son muy escasos; pero tan rodeados de circunstancias probables y de analogias, que casi podemos asegurar no habernos equivocado.

El mismo criado de antes anunció que D. Juan Ribot esperaba en el gabinete azul, y levantándose el doctor, se dirigió hácia aquel punto. Después de un rato, que fué eterno para el pobre comerciante, entraron ambos en la sala donde estaban los demás.

Todas las miradas se fijaron en el violinista, cuya fisonomía tenía una expresión extraña, mezclada de tristeza y de ansiedad, de dudas y de sufrimientos; pero franca y simpática. Véasele conmovido y tembloroso, y las pocas palabras que pronunció tenían algo de grave y de solemne.

Aquella frente, que parecía señalada por la fatalidad, era clara y despejada, y su forma, algún tanto cónica, revelaban al frenólogo observador la existencia del talento músico de que tan buenas pruebas estaba dando. Su rostro era pálido, sus ojos brillantes, y sus facciones, aunque de vez en cuando alteradas por el sufrimiento, véase las contraerse con una sonrisa que parecía renacer de lo más recóndito del corazón.

—Un día de estos, dijo D. Joaquín, dirigiéndose á Juanito, hemos pensado tener un rato de música en casa, y nadie mejor que V. podrá amenizarle, dándonos á conocer, y á los amigos que nos honrarán, sus grandes facultades.

—Doy gracias á V. por su bondad y espero hacerme algún tanto digno de ella; pero aunque tengo á mi lado una persona á quien llamo madre, y á quien quiero entrañablemente por haberme dado pan cuando ni podía ganarlo, ni tenía quien me lo diese, sé que soy un pobre huérfano, que huérfano debe llamarse quien, por hallarse separado de sus padres hace ya veinte años, ignora quiénes sean ellos y si viven. Este caballero, con un talento que nunca pudo haber empleado mejor, me ha enterado en aquel cuarto del doble objeto de mi venida á esta casa; me ha hecho concebir esperanzas que, á ser ciertas, trocarían todo mi ser y enjugarían de un solo golpe las amargas y abundantes lágrimas que estos ojos han vertido y las que aun pudieran verter. Porque, debo confesarlo, á pesar de que las gentes que me recogieron en la verbena del Cármen, no me han dejado carecer, en medio de su pobreza, del alimento diario,

sentia, tan pronto como la razon vino á iluminarme, que mi corazon se secaba de dia en dia; y esto consistia en que le faltaba lo principal: un padre y una madre á quienes abrazar.

Sacó su pañuelo y le aproximó á los ojos. Los demás todos lloraban, menos el padre, á quien se le habia formado un nudo en la garganta, la sangre le afluia á las sienas, y no podia articular una sola palabra. Miraba estúpidamente á su hijo, y el volcan que en aquel momento se elaboraba en su pecho estaba próximo á estallar.

—Desde luego conozco, prosiguió señalando á su padre, que este caballero es el amigo de mi padre, y sin duda debe quererle mucho, por la impresion que veo han hecho en su alma mis palabras.

El Sr. Acosta, que conoció el estado del padre y del hijo, y que habia llegado ya el momento de precipitar el desenlace de aquella escena, preguntó al jóven:

—¿Y no recuerda V. absolutamente nada? ¿Ni el local donde vivia, ni la mas pequeña circunstancia con la cual podamos robustecer nuestras sospechas?

—Nada absolutamente. ¡Era yo tan niño, que ni aun recuerdo si estaba en Madrid ó no! Lo que he dicho de la verbena y mi nombre, lo sé porque mis padres adoptivos me lo han dicho. Mi nombre es lo único que pudieron sacar de mí; y eso, como ustedes conocen, era muy poco para que encontraran á mis padres, por mas diligencias que hicieron. En cuanto á mi apellido, llevo el de mis protectores. ¡Han sido tan buenos para conmigo! Y cuando vieron que me causaba repugnancia el ejercicio á que me dedicaban, dejaron libre mi eleccion, y jamás podré olvidar con qué cariño me dejaban pasar la mayor parte del tiempo rompiéndoles los oidos con mi violin. Pero ahora que recuerdo... sí... efectivamente una cosa de mi infancia se ha quedado grabada en mi imaginacion, y que nada será capaz de borrarla: sí... ella sola bastará, si alguno de ustedes me ha conocido en mi tierna edad, para comprender si soy ó no el que buscan. Recuerdo, y con tal vaguedad, que aun dudo si es un sueño, pero que no lo será por la gran facilidad que he tenido siempre

para la música, que en mis primeros años oía una canción acompañada de cierto instrumento y cuya música tenía la propiedad de dormirme. Esa música ha quedado tan gratamente impresa en mi memoria, que sobre ella he compuesto unas variaciones, porque han de saber ustedes que los temas populares son los que mejor se prestan á la buena armonía. Voy á cantar la copla, no con la letra, porque no pude comprenderla, sino con las notas, tal como pasaron por mis oídos y se grabaron en mi tierna cabeza.

Y cantó la canción que su madre entonaba para mecerle en la cuna.

Al oirla, el padre ya no pudo contenerse mas, y levantándose de repente, exclamó:

—¡Este es mi hijo!

Y con igual efusión dijo Juanito:

—¡Desde que entré en esta sala, mi corazón me dijo que era usted mi padre!

Conforme había ido Juanito acercándose á la canción de su infancia, así como cuando manifestaba sus desgracias, su infeliz padre reunía en un solo punto todos sus recuerdos, sentía en su alma cierta cosa extraordinaria, y hasta la voz del jóven y su mucha semejanza con la loca, despertaban en su imaginación la viva imagen de otros tiempos. En una palabra, sentíase atraído hácia aquel jóven por una fuerza desconocida. Así es que cuando se abrazaron, ambos estaban embargados por los sollozos.

—¡Sí: yo soy, decía Juanito, el hijo querido que tanto ha llorado V., y V. es el adorado padre por quien tanto he suspirado! ¡Gracias á la Divina Misericordia que nos ha sostenido para que tengamos hoy el placer de abrazarnos! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre?

—Tu madre, dijo el pobre comerciante, ya algo repuesto de la emoción, en medio de su desgracia, Dios ha tenido de ella compasión, pues al cerrar su inteligencia hácia la realidad, la ha conservado una dulce ilusión. Cualquiera que sea el momento en que la veas, la hallarás al lado de tu cuna entonando esa

misma cancion con que ahora poco has desgarrado de alegría mi corazon.

Juanito notó que las fuerzas le faltaban, sus piernas se doblaban, y cayó desmayado en un sillón; pero el doctor, que todo lo habia previsto, le pulsó, y sacando de su bolsillo un álcali, le hizo volver en sí á los pocos minutos, y dirigiéndose al jóven, que ya estaba en disposicion de oírle, le dijo:

—Amigo D. Juanito: todos estos señores se han sometido gustosos á mi voluntad en esta ocasion, y hasta ahora vemos que todo marcha bien; es, pues, necesario que V. haga otro tanto. Aun nos falta una buena parte de nuestro drama, en la que pienso desplegar los cortos conocimientos fisiológicos y psicológicos que poseo.

—Estoy pronto á hacer cuanto V. ordene; pero por Dios, vamos cuanto antes á ver á mi verdadera madre. Quiero abrazarla, quiero besarla, quiero llorar á su lado.

—Pues eso es justamente lo que yo no quiero, porque no conviene para ella de ningun modo: he formado otro plan muy distinto, y que acaso nos dé mejor resultado. Todo lo he previsto, y he alquilado un cuarto en la calle de Postas que corresponde en frente de los balcones de su mamá de V.: allá iremos esta noche, pues V. no necesita tocar mas en sitios públicos, y cuando la calle esté bien silenciosa, yo diré lo que se ha de hacer. Solo encargo á V. que no deje de traer el violin.

Separáronse todos muy contentos; el padre de Juanito quiso acompañar á su hijo á casa de su madre adoptiva, y mientras tanto en el café se hacian mil comentarios por la falta del músico: unos decian que era un mala cabeza y se habia escapado; otros que habia ganado al juego 10,000 duros, y nadie atinaba con la verdad.

En el reloj de San Felipe el Real se oian once campanadas, y la noche velaba con sus sombras la tranquila calle de Postas. La mayor parte de sus habitantes se hallaban entregados al sueño, y solo se oia el ronco taconeo de algun transeunte, retumbando con exceso por aquel mismo silencio. Madrid dormia: estaba en el entreacto de su vida; la multitud de seres que en-

cierra la gran colmena coronada, vogaban en aquel instante por desconocidos mares; todos tenían los ojos cerrados, y ni aun sabían que el casco de su inmenso buque se movía. ¡Cuánto sueño de ambición! ¡Cuánta sombra de deleite! ¡Cuánta sanguienta pesadilla! ¡Cuántos ángeles y cuántos demonios circundarian los lechos de los que descansaban! La noche estaba apacible, y una lijera brisa aumentaba su tranquilo aspecto. Verdad es que cuando el corazón está henchido de alegría, todo cuanto nos rodea adquiere bellas formas, y embriagados de delicias, ni reparamos en los desgraciados, ni en el estado de la atmósfera.

Hallábanse en el cuarto desalquilado todas las personas que vimos por la mañana, y al llegar Juanito con el violín, preguntó al doctor para qué le había hecho ir con su instrumento.

—Ahora lo sabrá V., dijo D. Jáime Acosta; sáquele V. de la caja, y vaya afinándole, mientras yo me entero de cierta cosa.

Desde los balcones que había tomado el médico, se divisaba perfectamente la habitación del comerciante, y como la calle es estrecha, se distinguía por completo á la loca, quien por su parte se cuidaba poco de que la viesen.

Estaba en medio de la sala, sentada junto á una cuna, y en sus manos tenía una especie de mandolina, con cuyo acompañamiento cantaba una canción.

—Escuche V., Juanito, dijo el doctor, cuando vió que había afinado el violín; aquella que vé V. allí en frente, es su madre de V., la que por haberle perdido perdió la razón; pues bien, quiero ver si puedo hacer que al encontrarle la recobre. Lo que voy á poner por obra es un poco arriesgado, pero es mas que probable que, por una de esas reacciones tan beneficiosas para los enfermos, lo consiga, y en ese caso, V. que fué la causa de su alienación mental, será V. también la de que recobre el juicio perdido.

—¿Y qué debo hacer?

Todos los circunstantes se miraban unos á otros, y no comprendían el objeto del doctor.

—Va V. á tocar esa misma canción que ahora está cantando su madre de V., y la vá V. á tocar con una ó dos variaciones,

volviendo en seguida á repetir el tema. Eso lo vá V. á hacer en el balcon; yo estaré á su lado de V., y su padre estará abajo, con la puerta de su casa abierta para que llegue V. con él junto á su madre, en el momento que yo diga.

—Está bien, y cogiendo el violin, ven acá, dijo, noble instrumento, tú que has sido la dicha, el sosten y la gloria de mi vida, con quien tantas veces he hablado y con quien he sobrellevado tantos azares; ¡cuántas y cuántas veces han caido sobre tu ennegrecida caja, las lágrimas de mi desaliento, y cuántas tambien has recogido el hermoso llanto de mis triunfos! Amigo precioso, compañero inseparable de este desgraciado jóven, has por tener alma en tus vibrantes cuerdas, y que esta alma, tan pura como lo es el recuerdo de una madre, pueda prestar vida y raciocinio á esa pobre demente. Y así como de la pérdida de su hijo solo la han quedado esos versos puestos en música, haz que esas mismas notas hablen á su entendimiento y la hagan conocer que tiene un hijo. ¡Habla, canta, violin querido, y que tenga un nuevo motivo para amarte! ¡En tí confio para que disipes las sombras de tan larga noche, así como las amarguras de la ausencia!

Dijo, y colocando el violin debajo de su barba, tocó mejor que nunca, porque cada nota salia espiritualizada por el génio, y no era la espresion del enamorado trovador que quiere sorprender el corazon de su dama, era el sentimiento mas profundo del amor filial, el ejercicio de un talento especial convertido en agente terapéutico, y escondiendo en sus multiplicados pliegues la esperanza de tornar á una criatura á la vida intelectual. Nuestro violinista, en aquel momento, se asemejaba á David pulsando la lira ante el rey Saul, y disipando el espíritu maligno que le atormentaba.

En medio del silencio de la noche, el violin vibraba con poderosa melodía y tambien, vibraba el aire hasta los confines del horizonte.

Admirable y singular concierto dado por un solo músico, y escuchado acaso tan solo por los actores necesarios para la escena que se representaba. Y, sin embargo, aquella sublime

melopea tenia el poder despertar á algunos de los tranquilos habitantes de los alrededores. Oíase el frecuente chirrido que producen las vidrieras al abrirse, y alguna que otra luz aparecia en los balcones; todo indicaba movimiento, vida y atencion.

De repente, se abrió la vidriera de en frente, y en medio de las sombras de la noche se percibió una forma de mujer, lenta, indecisa, que solo se destacaba en el cuadro de la oscuridad por su traje blanco, la que apoyándose sobre la barandilla del balcon, dejó escapar estas palabras:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué oigo? Esa es la misma música con que yo mecia á mi hijo, á mi pobre hijo, que ayer se perdió en la verbena... habrá muerto en medio de la confusion, y esos acentos serán los de su alma que baja á la tierra para llamarme con él al cielo, donde tan bien se halla!

—¡No, madre de mi corazon! gritó desde la calle Juanito, aconsejado por el doctor, y subiendo á brincos la escalera se arrojó en los brazos temblorosos de su madre.

Interpúsose el doctor, y dispuso que la enferma fuese trasladada á la cama, donde se la hizo una sangría, y quedaron cuidándola su hijo y la madre adoptiva, única persona que no participaba por completo de la general alegría, porque Juanito desde aquel momento tenia muchas personas con quienes dividir su cariño, aunque conocia demasiado á su hijo adoptivo para sospechar que nunca se entiviase el que la profesaba.

Salió de la alcoba el doctor, y abrazando á todos, dijo con cierto orgullo:

—La enferma está completamente curada, despues de haberla hecho dos ó tres visitas, mi mision como médico habrá terminado.

Aquí acabó la relacion del P. Luis, y despues de un rato de silencio, cual si quisiera darse razon de lo que acababa de oír, dijo D. Diego de Mendoza:

—Interesante por demás es esa historia, pero no comprendo qué relacion pueda tener eso con mi desgracia.

—La tiene y mucho, repuso el reverendo, pues ella os prueba lo que os decia ahora poco; que nunca debemos desconfiar

de la bondad Divina. Aquella madre se volvió loca por haber perdido á su hijo creyéndole muerto, y Dios, en su inmensa bondad, despues de haber puesto á prueba su fé, la devolvió su hijo é hizo que recobrase la razon, ¿os parece poco ostensible en ese caso el poder de Dios?

—De seguro que no; pero aquel niño no se habia muerto y mi Luisa está ya enterrada.

—¿No resucitó Cristo al hijo de la Viuda? ¿no levantó del lecho mortuorio á la hija de Fairo? Por su virtud, ¿no tornó Elias á la vida al hijo de la viuda de Sarepta? Tocando los huesos de Eliseo á unos cadáveres, ¿no volvieron á la vida? ¿No sabemos que en Samaria sacó el Salvador del sepulcro el fétido cadáver de Lázaro? Pues, ¿por qué no ha de acontecer otro tanto con Luisa? ¿O sereis tan incrédulo y tan ateo que negueis ese poder á Dios?

—Muy lejos estoy de eso, pero como no se cuentan en nuestros tiempos de esos casos...

—No se cuentan, amigo D. Diego, porque los hombres somos hoy mucho mas pecadores que antes, pero ¿quién os dice que nuestra Luisa, tan virtuosa, tan pura, tan casta, no haya sido elegida por el Ser Supremo para ejemplo de los mortales, y que la corona de siempre-vivas con que se adornó su frente, no haya sido trocada por medio del soplo divino por la aureola de la inmortalidad y de la vida eterna?

—Os confieso, P. Luis, que vuestras palabras me hacen un daño provechoso, y no puedo apreciar debidamente el efecto que me producen. Hablad mas claro, rasgad de una vez el velo que cubre mi razon, ó removed de una vez el puñal que hiere mi pecho, para que acabe de padecer. Sí... ¡compadeceos de mí!... habladme con sinceridad, y que oiga la verdad de vuestra boca, y así como el padre de ese violinista que acabais de citar, se hallaba dispuesto para recibir una fuerte emocion de alegría, yo tambien lo estoy. Decidme lo que haya sobre el particular, estoy dispuesto á todo, lo mismo á lo bueno que á lo malo.

—Nada hay de malo en lo que vais á oir, pero tened enten-

dido que así como peligraba la vida del violinista sin la prudencia de su padre, así peligraba la existencia de vuestra hija si no tenéis igual reserva. Vuestra hija vive, y lo que es mas, ignora lo que por ella ha pasado en el paréntesis de estos dias que tanto habeis llorado: es decir, que si ha sido víctima de un horrendo síncope, al despertarse hoy de tan penoso letargo, cree haber dormido tan solo el sueño natural, y si murió en efecto, puede asegurarse que Dios acaba de obrar en ella el mas sorprendente milagro; en ambos casos, respetad su ignorancia y dad gracias al Todopoderoso por la merced que acaba de concederos, devolviéndoos vuestra hija; enferma ó sana, es digna de toda vuestra admiracion y aprecio, y de todos modos no debeis hablarla una palabra de cuanto acabo de deciros, porque llenarias su cabeza de dudas, y las dudas solo sirven, en materia de religion, para inducirnos al error y á la incredulidad.

—¿Será posible, Dios mio, que me hayais devuelto mi querida hija?

—No tan solo es posible, sino que es ya un hecho consumado y ahora mismo vais á verla, pero cuidado con lo dicho; enjugad esas lágrimas, sobreponéos cuanto podais, dominad vuestra emocion, y no hagais ni una pregunta, ni una observacion por la cual pueda ella sospechar nada, que yo me encargo de instruirla poco á poco en ciertas cosas que, con el tiempo, la iluminen y la hagan comprender que el poder de Dios es inmenso.

Así arreglada la imaginacion de D. Diego, se dispuso á ver á su hija; pero no teniendo la fuerza suficiente para dominarse como lo habia ofrecido al P. Luis, al entrar en el cuarto de Luisa, se arrojó á sus brazos y prorumpió en el mas copioso llanto, entrecortado por estas palabras:

—¡Pobre hija de mi corazon! ¡Ven á mis brazos, á los brazos de tu padre, que hace tres dias te llora por muerta! ¡Ven, hermosa de mi vida! ¡Ven lucero de mis ojos, y no te apartes de mí!

Esclamaciones que aterraron al P. Luis, pues desconcertaban todos sus planes, que dejaron atónitos á cuantos lo presen-

ciaron, y que produjeron un copioso llanto en Luisa, pidiendo á grandes voces que se le explicara lo que habia sucedido para que su padre hiciera tales estremos.

Estos fueron los gritos que alarmaron á los labriegos, y dieron lugar á las escenas exteriores que hemos comenzado á narrar y que prosiguiremos narrando en el capítulo siguiente.

XXV.

SUPUESTA SANTIDAD.

Ya hemos dicho que el primer impulso de los labriegos al oír de nuevo, y desde la calle, la voz de Luisa, conceptuando todo aquello como obra del diablo, fué la de pegar fuego á la casa de Mendoza; y así lo hubieran ejecutado á no ser por la constante vigilancia del veterano Gaspar, quien habiéndose hecho cargo de la difícil posición de la familia en aquellos momentos, á pesar de no poderse dar razón de nada, redoblabá su cuidado y proseguía incansable enterándose de todo, y evitando cuanto malo podía evitar; así es que no tardó en acercarse á los aldeanos, y quitándoles de la cabeza el bárbaro proyecto que concibieran, les convenció de que sería mucho mejor enterar, desde luego, al abad de todo lo ocurrido.

Rara vez sucede que alzando la voz un hombre con mediana lógica, y aun sin ella, con tal que tenga descaro y fácil producción, no arrastra tras sí á una masa de pueblo que, en medio de su insubordinación y desenfreno, siempre anhela tener un hombre que les guíe y dirija. Esto lo vemos todos los días, y á veces es el mejor auxiliar para sofocar una revolución popular.

Tan extraordinaria novedad necesario fué que pusiera en es-

pectativa á todo el convento, y Bartolomé, que fué uno de los primeros en saber este suceso, se alarmó y temió las consecuencias que naturalmente podria surgir de este asunto, pues aun cuando era inocente del crimen atentado contra Luisa, habia venido á ser cómplice en el mero hecho de no haberle revelado. El abad no podia dar con la causa del milagro que habia puesto en conmocion á todo el pueblo, y Bartolomé discurría que en tales circunstancias, y atendida tan estraña maravilla, solo habia dos esplicaciones: primera, que Luisa era una santa destinada por el cielo á renovar sobre la tierra los milagros que poco á poco habian ido desapareciendo, en cuyo caso el abad, fuera ó no gustosa la jóven la pondria en un convento: segunda, que Luisa era una hechicera, por lo cual, de seguro, seria condenada. Tales fueron las ideas de Bartolomé mientras la comunidad se dirigia en procesion hácia la casa de D. Diego de Mendoza. El abad iba delante con el hisopo en la mano, y los demás hermanos conducian en una caja de oro las reliquias de Santa Rita, cuya imágen aun permanece en la iglesia de Robledo.

El P. Luis, por su parte, y eso que era hombre de mas talento que el demandadero, pensó lo mismo que él, que el mejor medio de salvar á Luisa, y sacarla con bien de tan intrincado laberinto, era presentarla como santa; de esta suerte, al menos, nadie atentaria contra su vida. Reservábase para despues el averiguar lo que pudiera haber sobre el caso. Pero el abad de Párraces, que ni tenia interés en cubrir apariencias de ningun género, ni estaba guiado por ningun objeto, ni menos se cuidaba de proteger á la inocente niña, creyó, de buenas á primeras, que en el negocio andaba el sortilegio, y creia cumplir con su obligacion persiguiendo al demonio malo. Por esta razon le vimos ordenar, acto continuo, una procesion, y dirigirse á la casa de Luisa, donde estaban todos muy agenos del espectáculo que les esperaba.

Quando los habitantes de Robledo vieron el aparato procesional, no hubo uno que se atreviera á dudar que la casa de don Diego estaba habitada por algun espíritu maligno, y todos creyeron distinguir un ruido estraño dentro del cuarto, ni mas ni

menos que si fuese producido por un movimiento constante de los muebles de la habitacion, y no faltó quien aseguraba oír la voz de Luisa, admirándose ella misma de aquel desórden. Acercóse, por último, la procesion, y cuando el abad pronunció el exorcismo y se adelantó hisopo en mano hácia la puerta de la casa, fué para los concurrentes un momento de espanto y de terror. La familia toda de D. Diego presenciaba desde las vidrieras la especie de revolucion que se agitaba en la parte este-rior, y comprendieron todos ellos que se preparaba algo de es-traño y de ruidoso, siendo ellos el blanco de todo aquel movi-miento popular, escitado mas y mas con la ocurrencia del abad de Párraces. Pero el P. Luis no se desconsertó tanto como los demás, y conteniendo los impulsos de Gaspar y del mismo Men-doza, que querian hacer fuego desde las rejas con ánimo de ahuyentar la procesion y las turbas, concibió otro plan mejor dispuesto, y como no habia tiempo que perder lo puso en el acto en ejecucion. Mandó á Luisa que á la mayor brevedad se pusiese un vestido blanco, y colocase sobre su cabeza una cor-ona de flores, que improvisó en dos minutos Casilda, y cuando vió que el movimiento exterior llegó á su colmo, Gaspar abrió de par en par la puerta de la casa, y en su dintel aparecieron Luisa, en la forma indicada, y al P. Luis, á su lado, con una mano sobre su cabeza como venerándola y protegiéndola.

Ni la aparicion de la Pitonisa á Saul, en el antro de la Síbi-la, ni la del ángel de Pádua en Lisboa y en defensa de su pa-dre, ni la de San Agustin á los habitantes de Hisperia, pudie-ron causar mas efecto que la presencia de aquellas dos perso-nas desafiando, digámoslo así, al poder del hisopo y á las ter-ribles imprecaciones de la multitud.

Todos callaron de repente al ver aquel religioso grupo, al contemplar la magestad y uncion de aquel padre dominico, con-trastando grandemente con la santa sonrisa y beatífica hermo-sura de la jóven, todos cayeron de rodillas cual si hubiesen sido movidos por un solo resorte; todos menos el abad, que perma-neció de pié con el hisopo levantado y la mirada ardiente. Pre-paróse, sin embargo, á pronunciar el terrible anatema contra la

jóven, cuando esta, á una indicacion del P. Luis, se puso tambien de rodillas haciendo la señal de la cruz: contuvo el abad su voz, pero no el movimiento de su brazo; y la linda Luisa se sintió rociada de agua bendita, que lejos de quemarla ó de hacerla lanzar un doloroso quejido como el abad y la multitud fanatizada esperaban, le pareció agradable, porque Luisa era sinceramente devota, y la santa alegría que brilló en su rostro cuando se vió en presencia del abad, no permitió que se creyese por mas tiempo que aquella hermosa criatura pudiese ser presa de ningun espíritu infernal. Habia, sin embargo, corrido la voz por el pueblo de que Luisa era muy enamorada, y como no se ignoraba que tenia muchos adoradores, no dejaron de calumniarla, diciendo que hacia lo que otra menos virtuosa que ella hubiera hecho; era además alegre, decidora y de muy buena conversacion, circunstancias todas que, señalándola como coqueta, aguzaba mas y mas el acicate de la envidia, y hasta queria hacérsela aparecer como una jóven viciada. Nuestros lectores saben muy bien que no era así, y que Luisa, en medio de su génio abierto y expansivo, era un modelo de virtud y de talento: el P. Luis tambien lo sabia; pero en aquel momento le convenia seguir la corriente para sacar el mejor partido.

Quando todo el pueblo estaba arrodillado ante aquella súbita y fantástica aparicion, todos esperaban que Luisa ó el reverendo digesen algo, y á fé que no tardaron en ver satisfechos sus deseos, pues el P. Luis, con voz sonora y acento religioso, habló de esta manera, dirigiéndose á Luisa:

— ¡Desgraciada de tí! ¡Quiera Dios que mi voz, mas fuerte que la del trueno, conmueva, hasta en sus cimientos, estas paredes aborrecidas, que mas potente que el brazo de Sanson, mas fuerte que los pilares salomónicos, eche por tierra las columnas del templo de los falsos dioses, y que dispersos sus restos sepulsen sin conmiseracion á los filisteos y á los pecadores. Desgraciada de tí, si Dios no se hubiera dignado oír mi voz: la voluntad de la Providencia es la que me ha conducido á esta casa de perdicion para arrancarte de esa vida criminal, para salvarte: ¡quiera el cielo inspirarme en este momento para que pueda llevar á tu

corazon el convencimiento, para presentarte ante este pueblo atónito como el agente de un poder superior! Prosigue incansable en la senda de la virtud, y puesto que Dios ha tocado á tu corazon, aprovéchate de tan grande favor y apártate del pecado para consagrar tu vida toda al que dió la suya por nosotros. Compadece, como yo, hija mia, á esas mujeres encenagadas en el vicio, porque todas son desgraciadas desde el momento que un hálito impuro marchitó su juventud. ¿Creen ellas, por ventura, que Dios les concedió tanta belleza para que de ella hiciesen semejante uso? Libres y dueñas de sí mismas podian haber escuchado la voz de la naturaleza y seguir el impulso de su corazon; ellas que podian haber practicado la virtud, la han desdeñado prefiriendo los placeres mundanales á la paz del alma, y los favores de todos, al de uno solo. ¿Sabes tú lo que han perdido con semejante conducta? Pues bien, yo te lo diré. Todos esos placeres que las embriagan, no tardarán en inspirarlas horror y disgusto; todas sus locas disipaciones pronto se convertirán para ellas en otros tantos placeres comprados, que pagarán con el mismo oro con que las adquirieron, y las riquezas que el crimen les ha proporcionado, les serán arrebatadas por sus mismos desórdenes. Esos encantos que hoy adornan sus personas, mañana se arrugarán y los amantes se alejarán de ellas. Dias de pena, de amargura y de miseria, seguirán á los hermosos dias de su juventud: errantes y sin saber á dónde descansar sus cabezas, trocarán sus dorados muebles por el triste ajuar de la beneficencia, y sus blandos almohadones de terciopelo, por un monton de paja en un hospital; y allí, sobre el lecho del dolor, aisladas, abandonadas de todo el mundo, solo podrán esperar el desprecio, único compañero ya de su vida, y que les seguirá mas allá de la tumba... ¡De esta suerte es como aparecerán ante Dios! Y ¿qué habrán de responderle cuando él las interrogue?

.....

No es, por cierto, mi intencion el querer arrojar sobre el alma de esas desgracias el veneno de la desesperacion, y mucho menos sobre tí, que por un milagro de la Providencia has visto

levantarse entre tu persona y el pecado una fuerte valla. No: yo tambien soy culpable, y debo rogar por el pecador en vez de maldecirle.

Dijo : y viendo que Luisa permanecia arrodillada , y que su discurso habia producido todo el efecto que deseaba , se dirigió al abad, habló un momento con él en secreto, y encaminándose este á Luisa, que se habia levantado, se arrodilló ante ella, diciendo en alta voz y con el acento de la mas completa conviccion :

—Celestial criatura, declaro que eres la mujer predestinada para practicar grandes cosas, y debes dar gracias al cielo por haberte elegido, con tu milagrosa resurreccion, para llenar en la tierra la importante mision de hacer que tornen á su antiguo prestigio las creencias que por la fé vacilante de nuestros tiempos han llegado á ponerse en duda. Alzaos, añadió, dirigiéndose al pueblo; alzaos y retiraos á vuestras casas, con la fé en el corazon y orgullosos de contar entre vosotros á una persona tan digna como esta.

Esta corta, pero insignificante arenga, bastó para que toda la gente que se habia aglomerado en la plaza de Robledo, y cuya intencion iba tomando un giro poco halagüeño para la familia de Mendoza, se dispersase poco á poco, retirándose cada cual á sus faenas, y pensando todos en la santidad de la jóven. La vida y la reputacion de Luisa se habian salvado, merced al talento de un religioso.

Sorprendida la pobre Luisa con todo cuanto le acababa de pasar, no acertaba á comprender tal reunion de acontecimientos estraños; el prolongado sueño que habia tenido, la mortaja con que su cuerpo se habia cubierto, el hecho de haber sido enterrada, el desórden de su morada, el rasgado de sus vestidos, las heridas de Bartolomé, la circunstancia de hallarse otra vez en su cama cual si nada de esto hubiese pasado, todo, en fin, tan rodeado de misterios, pues nada ignoraba ya, la llenaba de dudas y hacian surgir en su imaginacion un torbellino de dudas á cual mas estravagantes. Así es que al oir los discursos de aquellos dos padres graves, al presenciar las demostraciones del abad, y

otra circunstancia que despues diremos, la dieron á conocer que, en semejante caso, el partido mejor que debia tomar era el de fingir creer todo cuanto se la decia.

Nuestros lectores, si recuerdan que Luisa habia desechado las proposiciones amorosas de varios pretendientes, y que en esta ocasion se doblegó fácilmente á los deseos del P. Luis y del abad, acabaron de convencerse que Luisa de Mendoza era una chica de talento, de sutileza y de racionio.

Pues bien, si nuestros lectores han conocido todo esto, habrán sido algo mas diestros y entendidos que los habitantes de Robledo, pues ninguno habia descubierto que la indiferencia de Luisa hácia todo el mundo era hija del esclusivismo que tenia por el solo hombre que ella amaba, y á quien hacia algun tiempo que no veia por hallarse ausente del pueblo, y que se hallaba entre la muchedumbre que la contemplaba desde la plaza cuando se presentó á la puerta de su casa con el P. Luis; y que la fama de casquivana que tenia entre los del pueblo, era injusta bajo todos conceptos é hija de la mas negra envidia.

Tiempo es ya de que nuestros amables lectores sepan cuáles eran los verdaderos amores de Luisa, y vayan al propio tiempo disponiéndose á escuchar la esplicacion de tan extraordinarios fenómenos.

Sabido es de todos los españoles lo desastrosa que fué la expedicion que Cárlos III mandó á Argél. España perdió un ejército y una armada, O'Reilly su reputacion de general, el ministro Grimaldi la escasa consideracion que ya gozaba del pueblo, y á pesar de los esfuerzos del rey, es lo cierto que la malhadada expedicion aceleró su caida del ministerio.

Desde los tiempos de Cárlos V y de Felipe II era constantemente desastroso y funesto todo cuanto se emprendia contra Inglaterra y contra Argél. ¡Cuántas naves españolas y cuántos hombres quedaron sepultados en aquellos mares y en aquellas costas!

Uno de los oficiales de marina que formaron parte de la expedicion contra los Estados berberiscos, era D. Luis Villaplana, caballero bien portado, y que se habia distinguido en varios

combates. Hechas las paces con aquellas potencias y arregladas las negociaciones, merced al buen tino del conde de Cifuentes, regresó D. Luis á la península con el grado de capitán, y habiendo tenido ocasion de ver á su tocaya, se enamoró perdidamente de ella, y esta por su parte sintió por la vez primera todos los efectos del amor. A ser mas listo Bartolomé, mas de cuatro veces hubiera podido sorprender á ambos enamorados, á pesar de la cautela con que la niña sabia dirigir sus amores, pues nadie de la familia, excepto María, se habia enterado de ello.

En tal situacion pasó cerca de un año, repitiéndose un dia y otro dia las protestas de amor y constancia; pero despues de este tiempo, el marino hubo de trasladarse al arsenal de Cartagena, donde los trabajos facultativos reclamaban su presencia. Con este motivo se ausentó de Robledo, y ya hemos presenciado los sucesos que ocurrieron durante su ausencia. Terminados sus trabajos en el arsenal, regresó volando al pueblo de sus amores sin haber avisado á Luisa, porque queria sorprenderla; pero es el caso que la verdadera sorpresa estaba reservada para el marino, porque al regresar á Robledo se halló con que Luisa habia muerto.

Informóse sobre la marcha del sitio en que estaba enterrada, y con el corazon traspasado de dolor se dirigió al cementerio; pero en el camino tropezó con Juanillo, el ladron mal convertido que ayudó al conde de Santillana en los últimos sucesos, así como antes habia ayudado al marino en sus amores con Luisa.

—¡Hola, Sr. D. Luis! ¿Cuándo ha venido V. por aquí?

—Anoche llegué, y ya sabrás la novedad que he hallado.

—Ya me lo figuro, y aunque no lo supiera, vuestros ojos me lo hubieran dicho.

—¡Qué quieres, chico! Nadie mejor que tú sabe lo mucho que he querido á Luisa: ella era mi encanto, mi felicidad, mi gloria, mi vida, y estoy seguro que su pérdida va á dar al traste conmigo. ¿A dónde hallar otra mujer como ella?

—No estais muy lejos del sitio en que podiais hallar una tan parecida á ella, que casi casi es la misma.

—Mira bellaco: ya sabes con la largueza que te he pagado